

Mario
Gomez
Lopez

Dieste



Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

Percusión, JOSÉ BALZA

La transformación, FRANZ KAFKA

El salvaje de Borneo, ALFREDO TAJÁN

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ

Campo de minas, CÉSAR ROMERO

Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ

Andábata, OLGA BERNAD



Mario Gómez López (Sevilla, 1964) es profesor de Filosofía en Chiclana de la Frontera. Forma parte del colectivo *5 guineas*, con el que ha realizado los documentales *Desvanecimiento* (2007), *La Plaza* (2007) e *Imposturas* (2008). *Dieste* es su primera novela.

1

El pasillo está lleno de fardos de arpillera, canastas de mimbre y cajas de cartón. Entre las piernas afloran mendrugos y envoltorios de papel. Hay un fuerte olor a combustible. Sierra Membril crece detrás de la trama que el agua teje en los cristales. Las luces de las casas que cuelgan de sus laderas tiemblan y se confunden con las gotas sorprendidas por los haces de luz de los focos. Donde Dieste busca las dunas de playa Candor se cierne, por encima de la bruma, una negra muralla de edificios que se prolonga hasta más allá de Puntarena. Parece que las cosas se desvanecen. El tiempo ha pasado su mano, piensa Dieste mientras le invade el vértigo del fotógrafo que, en la oscuridad del laboratorio, contempla la imagen latente de un paisaje que nunca ha fotografiado. A media ladera, sobre el baluarte, asoma la Ciudadela. Desde los ojos de Dieste la veo acercarse con la lentitud de una lengua de lava. El transbordador se lamenta al entrar por la bocana. El agua se mueve ahora con un manso brillo metálico, como contenida por la película de grasa que cubre la superficie. Sólo al chocar con la escollera chapotea y se riza. El óxido de las grúas tiñe las dársenas. El tejado de la lonja ha cedido aunque las vigas aún se mantienen en el aire con fidelidad de perro. El cielo blanco se asoma tras las ventanas. Los pasajeros se persignan, recogen sus equipajes, se abrochan los abrigo y miran con desgana a los niños que gritan y se persiguen entre los bancos. Dieste observa a un hombre, la colilla hincada en los labios, la mirada turbia. Sus ojos, en la penumbra del camarote, parecen fijos en él.

—Gracias a Dios, por fin llegamos.

Es la mujer sentada enfrente. Son sus primeras palabras desde el inicio de la travesía. Se levanta, se anuda la bufanda, abre un bolso de mano, hurga dentro, lo cierra. Es delgada, casi seca. Mira la enorme maleta que asoma por debajo de su asiento y suspira.

—¿Necesita ayuda? —pregunta Dieste.

—No, gracias. Me las apaño de sobra yo sola.

La mujer aferra el asa y la piel de la mano, salpicada de pecas, se torna blanca. Echa a andar con brío, mesándose, clavando los pies. Lleva el pelo recogido en un moño que tiembla ligeramente, como si la vibración que provocan los pasos, después de recorrer todo el cuerpo, llegara a él atenuada. Tendrá alrededor de cuarenta años y un rostro nudoso, moreno, que se hace muy denso en los ojos. Ella y Dieste son los últimos en cruzar la portilla. Las rachas de viento azotan la cubierta. Dieste inspira con fuerza, una y otra vez, hasta aturdirse. Un marinero lanza las maromas y bromea a gritos con los estibadores. Las risas suenan ahogadas; debe ser el aire, que se niega a llevarlas. Entre el casco y el muelle adelgaza la línea de agua. Una mujer emboza a un niño y alisa su gorro de lana, en el que baila un pompón rojo. A Dieste se le adhieren los hilos flotantes de una telaraña de murmullos —por amor de Dios, como no se apuren nos va a dar algo, es que no miran por nosotros, parece mentira que nos traten peor que a animales— y el olor a humedad sucia de los abrigos.

La pasarela resuena una y otra vez. Son sólo cuatro pasos, cinco a lo sumo; cada uno parece guardar su propia nota. Mientras atraviesa la pasarela, Dieste mira hacia abajo y ve los negros neumáticos que penden del embarcadero. Se demora al pisar tierra y alguien protesta y empuja. Su memoria da vueltas, se enreda aquí y allá, casi termina por perderse. Hay que caminar con cuidado, recoger el hilo, no lastimar al suelo más de lo necesario. Entra en la aduana. Los tragaluces dejan paso a estrechas columnas de luz llenas de motas que se elevan y chocan entre sí. Las nervaduras de la bóveda se cruzan en el escudo de la ciudad. Dieste no alcanza a leer su lema; intenta recordarlo. *Siempre* algo, eso es, *siempre oculta*. Escucha un inquietante zumbido de panal que se acerca hasta

silenciar el ruido de pasos. Le asalta una náusea repentina. Se retira de la fila y se deja caer en una columna. El calor lo ahoga. El mundo frena y se detiene y él decide quedarse ahí para siempre.

—Ande, yo le ayudo. El aire le sentará bien.

Un grupo de pasajeros lo mira y junto a él, diciéndole algo, está la mujer. Dieste habla por inercia. No termina de oír sus palabras.

—No es nada. Que no he probado bocado desde ayer.

Ha sido un crimen embarcarnos con esta mar. Si lo de menos somos nosotros. Contentos podemos estar de poder contarlo. Dieste sigue a la mujer y la pierde entre el gentío. La bruma de los ojos del policía no se levanta cuando mira su pasaporte. Otro policía le obliga con un gesto a abrir la maleta y hunde sus manos en ella. De un bolsillo extrae una rosa aplastada que arrastra pelusas y virutas de tabaco; de otro un libro. Con las cejas enarcadas y los labios desdeñosos lo sopesa, lee el título, lo abre, mira a Dieste y lo devuelve a su sitio. Con una tiza blanca escribe una V torcida en la maleta.

Una vez fuera, Dieste inspira de nuevo con fuerza y tampoco esta vez llegan los olores que ha cuidado en la distancia. Ni siquiera el que él mismo dejó, hace más de treinta años, en el aire de esa plaza.

—¿Aún no se ha repuesto usted?

Las ventanas altas reverberan en medio de la niebla. Mira a la mujer y no parece reconocerla.

—Estoy un poco cansado, eso es todo.

—Nada que no arregle un café o algo más fuerte. A mí también me hace falta. El bar de Segundo está ahí mismo, al otro lado de la plaza.

Atraviesan la plaza en diagonal. La mujer corta el aire en cada paso. Un torbellino de polvo y hojas secas vuela, se dispersa, cae al suelo y vuelve a girar. Las ramas de las palmeras se agitan. Una racha arrastra el vórtice hacia ellos. La mujer agacha la cabeza y se tapa la boca con el cuello del abrigo. Dieste cierra los ojos, los aprieta con fuerza. Las perneras de su pantalón flamean.

El bar del Vito tiene un mostrador de madera negra que huele a aguardiente, unos toneles cubiertos por una costra de polvo y unos jugadores de cartas. Vito, gordo, sofocado, sirve con desgana y lanza gruñidos mientras los parroquianos se miran unos a otros y

rien. Vito siempre gruñe en la memoria de Dieste. No recuerda su cara. Roja. Hinchada. El mozo, Fino, corre de mesa en mesa con la bandeja cargada de vinos y aguardientes. Fino se llama Pepe Doncel. De eso está seguro. A pesar de que engorda de día en día siempre está en los huesos al lado de Vito. Por un momento, al abrir la puerta, Dieste ha pensado que ese no es el bar del Vito. Es el tiempo que ha pasado, piensa, y todas las tabernas que se han pegado a mi recuerdo. Los pasajeros del transbordador abarrotan el bar. Sus palabras se lanzan unas contra otras, se multiplican, rebotan y ocultan las paredes descoloridas y los toneles cubiertos por el polvo, la cara de preocupación de Fino y el serrín del suelo. Dieste acepta las cosas. Ha regresado para aceptar, de una vez por todas, las cosas.

Se sientan en una de las mesas. Detrás de la mujer hay una barra que no es de madera sino de aluminio, y detrás de la barra no está el gordo Vito sino un almanaque que pone 1970 y tiene la fotografía de una joven en bikini. Sonríe con los brazos en asa desde una playa con palmeras.

—Y a mí que me suena su cara —dice la mujer.

—Debe ser por lo común que es.

—Yo lo he tenido que ver a usted en algún sitio.

El camarero se inclina para servir las dos copas de coñac y cuando su boca está a la altura del oído de la mujer, mirando de reojo a Dieste, pregunta en un susurro:

—¿Qué pasa con lo que tú ya sabes? Llevo esperándote la semana entera.

Dieste tiene que mirar a otra parte porque huele una mezcla de tabaco y sudor. ¿Qué es lo que tendría que saber?, se pregunta, ¿qué tengo yo que ver con este hombre?

La mujer habla:

—No me das ni un respiro. ¿Tú te crees que es momento?

—Ahora resulta que hay que pedirte audiencia. ¡No te jode!

La mujer abre los ojos hasta dejarlos muy blancos, echa la cabeza hacia atrás y ríe. Los dientes no son grandes y los labios se abren hasta descubrir las encías. Su risa parece venir de muy hondo y se queda en la boca, como una burbuja, sin estallar.

—Ya arreglaremos cuentas esta tarde. Además, ¿qué culpa tengo yo de que sople tanto levante?

El camarero les da la espalda. Tiene unas piernas muy cortas y un tronco voluminoso; los brazos cuelgan a los lados igual que los de un pistolero en pleno duelo. Durante un minuto Dieste y la mujer no se miran, ni se dicen nada.

—¿Algún problema? —termina preguntando Dieste.

—Que para tres pesetas que gano mire lo que tengo que aguantar. Olvídelo y dígame qué le ha traído por aquí.

—¿Qué diría usted?

—La pinta la tiene de viajante de comercio, pero no me parece que usted tenga mucha labia —la mujer arruga los ojos, mira a Dieste como si fuera un niño y jugara a tomárselo en serio—. Ya sé, viene usted de paso; como todos. ¿Se quedará mucho tiempo?

—Eso depende. Un par de días, quizá tres.

—¿A quién viene a visitar?

—No conozco a nadie —Dieste se sonroja y sonrío. Vuelvo a sentir las palpitaciones, se disparan hasta llenar de ruido el pecho—. La verdad es que tengo mis razones. Mis padres nacieron aquí. Emigraron muy jóvenes, recién casados. Hablaban siempre de regresar algún día, de volver a ver a la familia. Tenía con ellos una cuenta pendiente. Murieron ya, pero para hacer esto nunca es tarde, ¿no cree?

—Hombre, a ellos de poco les va a servir. Además, aquí no hay nada que ver. Y que conste que no se lo digo por desanimarlo.

—¿Por qué lo hace entonces?

—Yo sé lo que me digo.

Hay un parroquiano sentado en la mesa de enfrente; un viejo cabizbajo al que Dieste no puede dejar de ver cada vez que mira a la mujer. De vez en cuando alza la cabeza, cruza una mirada con Dieste y masculla algo incomprensible.

La mujer apura la copa de un trago, chasquea los labios y se levanta.

—Entre el retraso que llevaba el barco y el coñac se me ha hecho tardísimo. Segundo —grita—, esto corre de mi cuenta.

—La invito yo. Ya que se ha tomado por mí tantas molestias —dice Dieste.

—La próxima vez pagará usted. Por cierto, en la calle que hay detrás del arco, la que sube hacia la plaza, hay casas de huéspedes.

Le aconsejo la de Matilde, la de Varo, la Pensión Mayo. Es la única donde le van a poner sábanas limpias.

Cuando Dieste dice gracias por todo la mujer ya ha alcanzado la puerta. Se detiene en el umbral, se acomoda el bolso en el hombro, agarra el asa de la maleta y sale —el tronco un poco inclinado, las piernas recias, unos zapatos negros de medio tacón que resuenan en un eco que tarda en apagarse—. Una furtiva racha de viento ha entrado y mece las tiras de cuentas que cuelgan de los postigos. Dieste piensa que siempre dejamos algo nuestro en lo que tocamos, que los muertos y los vivos están condenados a enredarse en esas tiras como ellas lo hacen entre sí. Sobre todos ellos estará cayendo ahora lo que esa mujer haya dejado. También sobre lo que de Hugo quede en ellas.

Se oyen golpes de monedas en el mostrador, sillas arrastrándose; en unos minutos el bar ha quedado casi vacío. Segundo enciende la radio, pasa la bayeta por el mostrador y se pierde en la trastienda. El viejo calza unas zapatillas de fieltro de las que asoman los dedos como cabezas de tortuga. Está absorto en su vaso.

—Usted me ha reconocido, ¿verdad? —pregunta Dieste. El viejo lo mira con pupilas de ceniza—. Hágame un favor, no le diga aún a nadie que he vuelto. Espere unos días.

Quedan mirándose en silencio hasta que se oye trastear al camarero. Dieste recoge su equipaje, dice adiós y sale. El viejo agacha la cabeza y, como si el vaso de vino le acabara de contar un chiste, estalla en una carcajada. Luego murmura algo en voz baja. Me acerco a él y le oigo decir:

—Ese está más loco que yo. Mucho más. Ese está como unas maracas. Como unas maracas cubanas. Está más loco que yo. Mucho más. Mucho más loco que yo.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**